

Cataluña, España y Europa

Cataluña, España y Europa

TITULO ORIGINAL: CATALUNYA, ESPANYA I EUROPA
TRADUCIDO POR : KRIEGERTHULE

EDITA: EDICIONS BAUSP
APARTAT DE CORREUS Nº 207
BADALONA (BARCELONA)

AUTOR: JOAQUIN BOCHACA
PRIMERA EDICIÓN: septiembre 1979

REGT. EMP. EDITORIALES: 1. 269-74
ISBN: B-84-85156-53-6.
DEPT. LEG: B-24102-1979

Este libro que presentamos, fue escrito por el historiador catalán Joaquin Bochaca en el año 1979. Era un librito pequeño (solo medía 10, 5 x 16 cm.), y tenía solo 44 paginas. Fue escrito solamente en lengua catalana. Por eso, con algo de paciencia e ilusión, he tenido el placer de poder traducir al castellano el texto íntegro del libro, traducido de forma fidedigna del original. Por esa misma razón, tengo el gusto de presentaros unas interesantes paginas sobre un libro, sino olvidado, si desconocido para la mayoría de nosotros.

Polémico y al mismo tiempo interesante, siguiendo en la línea del estilo Bochaca, este libro nos presenta la historia de Cataluña haciendo una crítica mordaz al Centralismo chauvinista unificador, y una apuesta por la integración real de la Europa de los pueblos.

O como dice originalmente en la contraportada:

*La aportación histórica de Cataluña para la nación Europa. Una nueva visión del nacionalismo catalán , como etnia dentro del conjunto de pueblos blancos.
Cataluña, España y Europa. Que papel han jugado dentro de la historia de occidente, y que papel desenvolverán por el futuro de nuestra raza.*

Es un hecho bastante conocido que Europa se enfrenta, al mismo tiempo, a los Bárbaros del Este, y a los que Yockey llama Falseadores de la Cultura (1) que acaparan el poder en Occidente. Lo que no es tan conocido, además, es que hay un problema interno, agravado y politizado intencionadamente por el Enemigo; el cual ha sido como una válvula mal ajustada por la que se han escurrido gran parte de las energías de Europa, se han estropeado dolorosamente. Este problema intestino es el de su constitución. Es evidente que por constitución no entendemos aquello por lo que Spengler llama “anarquía institucionalizada” ó “garantías” y “peticiones del pueblo contra el Estado”, sino que le conferimos un valor etimológico. Es decir, el de la composición de sus partes y la forma de reagruparlas en un todo armónico y natural.

Es un hecho que Europa constituye una unidad racial, geográfica (es la península occidental de Asia), económica (sus miembros se complementan), ético-religiosa (aquello que uno dijo, un Cristianismo Positivo), y por encima de todo, sus miembros tienen una tarea común, un solo Destino Histórico. Todo con todo, no es menos patente que esta unidad no presupone una uniformidad con moldes asiáticos, ni el predominio de los mas fuertes sobre los mas débiles- ó, mas exactamente, de los mas numerosos encima de quienes no lo son tanto-, ni la aniquilación en aras de masianismos locales de la lozana variedad de pueblos de Europa. Realidad tangible, inamovible, guste o no guste ciertos espíritus retardatarios, “gaullista” periféricos tórtolos de la llamada Europa de los Estados. Estos no saben que un Estado es, por definición, total y que nunca cederá una parte de su soberanía, ni que sea por el bien de Europa.

Desde el Cabo Norte hasta Gibraltar y entre los rocosos promontorios de Galway (Irlanda) y los límites meridionales de Ucrania hay, en estos momentos, 24 Estados mas ó menos independientes – sin contar las “curiosidades” como San Marino, Andorra, Liechtenstein, Mónaco-. Estos 24 Estados, todos juntos dependen –de buena gana ó por la fuerza- a uno de los dos bloques; salvo Yugoslavia que vive, o sobrevive gracias al chantaje político. Son verdaderos vasallos en todas las grandes decisiones de política foránea, pero tiránicos hasta lo irracional en lo que respecta a política interior. Como si quisieran descargar sobre las naciones (o regiones, departamentos, provincias o como quieran llamarlo) el resentimiento producido por su desagradable dependencia de Washington, Moscú...ó Tel-Aviv. Esto es consecuencia del estúpido y miope hípernacionalismo que otras fuerzas extraeuropeas utilizaron con tal de desatar la catástrofe de 1939, de la que todos los Estados, naciones y regiones de Europa saldrían como los grandes derrotados.

Estos 24 Estados, que no podían moverse sin el permiso de los amos extraeuropeos, que no podían –como la ex Reina de los Mares- salir a pescar bacalao a menos de doscientas millas de las costas de Islandia sino era con la previa seguridad de que los Srs. Kissinger ó Vance regatearían tal pretensión delante de su colega Gromyko. Que no pueden, como Austria, solicitar la entrada en el Mercado Común a causa de ciertos acuerdos entre un parálítico y un atracador de bancos en Yalta. Que, como España, no pueden entrar sin que el Sr. Oreja de cincuentamil explicaciones a grandes potencias mundiales como Luxemburgo y Dinamarca; bien y llegando a hacer numeritos de verdadera mendicidad como otros estadistas no habían hecho nunca, en circunstancias mucho mas adversas, enfrente un Hitler en el cenit de su brío militar.

Que no puedan impedir, como a la vencedora Francia, que sus aliados (¿?) extraeuropeos inventen, organicen, solivianten y financien irredenciones de color con finalidad de arrancar en veinte años un Imperio que le costó trescientos años y millones de litros de sangre. Que no pueden como Suecia, que tanto se preocupa de las cosas de España, negarse a una extradición de refugiados políticos cuando tal extradición es pedida (ordenada) por la URSS.

Estos 24 tunantes que, salvo rarísimas excepciones y circunstancias, han olvidado incluso la noción de lo que representa el autorespeto delante de los mas fuertes, observan en cambio una compostura propia de jefe de tribu negra hacia sus componentes regionales ó nacionales ; se les niega el ejercicio de derechos inalienables – en una época en la que se habla un montón de derechos “ad nauseam”- otorgados por la naturaleza y negados por los imperativos de una politica que ya en el siglo XVIII denotó ser de retardatarios y cortos de vista.

Y, al fin y al cabo, ¿ que son estos 24 mocosos?

Accidentes diplomáticos, surgidos del Congreso de Viena y del Dictado de Versalles, como lo son ahora Bélgica, Yugooslavia, Polonia, Checoslovaquia; anacronismos de otra época perpetuados por necesidades de la otra coyuntura financiera ó, eventualmente, para servir de refugio legal a las colosales fortunas de los magnates del petróleo ó de la Máfia, como Suiza. Pretextos para “holdings” financieros , a menudo extraeuropeos, como Luxemburgo.

Contrapesos propiciados por una gran potencia en contra de otras, hace tres siglos como Portugal. Y la mayoría de veces, ha estado el resultado de acuerdos y desavenencias, enredos, regateos, matrimonios entre parientes bordeando-y ultra excediéndose, cuando convenía- el incesto. Todo eso perpetrado desde los herederos de Carlomagno hasta nuestros días por dinastías aventureras que, como el famoso Archiduque Carlos de Habsburgo, no dudaban en contribuir en una guerra con tal de disputar el trono de España a un francés, coronado por su abuelo en Versalles; y en terminar, en plena guerra, renunció a tal corona porque había heredado la de Austria. Cuánto daño ha hecho al acuerdo leal entre los pueblos reales –pero no legales- de Europa los descendientes del primer monarca europeo, ¡ Carlomagno ! Con la añadidura de algunos jardineros cortesanos. Los herederos de Carlomagno estaban convencidos que su poder no podía tener otro fundamento que la fuerza. Aparte de la herencia que les ha legado el papá ó de cualquier pariente mas lejano, se apoyaban siempre en uno de los Estados –de las fincas- que heredaban, generalmente en el medio de sus posesiones y en detrimento total de los afanes periféricos.

He aquí el caso del primer Borbón de España, a fin de alcanzar la corona que le había adjudicado su abuelo Luis XIV en Versalles (oh, ¡manes de Cisneros!) no dudó en perder las posesiones españolas en Europa y todavía parte del territorio metropolitano, como Gibraltar y Menoría.

En todos los manuales de Historia se enseña en España, que Felipe V fue un gran rey de España. Así lo ha dicho el Sr. Jiménez Caballero, superfalangista de la primera hornada y el Sr. Sánchez Albornoz, republicano de siempre. Y tenían razón, desde su punto de vista común. El punto de vista de una España hegemónica y separadora, de una España castellana, o mas bien dicho de una España que se sirvió de Castilla contra la España total , la que engloba también los territorios de la antigua Corona de Aragón y Vasconia, como también la olvidada Galicia, pariente céltico y pobre, casi bien incomunicado a las costas del nublado Atlántico.

*

*

*

*

*

*

Hemos hablado de la Corona de Aragón. Ahora escudriñaremos exclusivamente Cataluña, los “Países Catalanes” que constituían –cuando Aragón desapareció como Estado independiente- mas del 80 por ciento de su población y eran el elemento portador de los valores, artífice de la política del país.

Cataluña, tal como región, fue inventada en el siglo pasado por sabelotodos, burócratas administrativos de Madrid, quizás fuera mas justo decirle “en Madrid “. A Cataluña se le adjudicó un ámbito territorial de unos 32.500 km². Tal descuartizamiento fue caprichoso, absurdo y contravino sentimientos e intereses. Si, por una parte englobó en la catalana provincia de Lleida el Valle de Arán, cuya población es étnicamente un enclave vasco y lingüísticamente proviene del provenzal; por otra parte arrebató a la propia Lleida y a Tarragona los territorios catalanes, habitados por catalanes y de habla catalana (la Franja de Poniente), considerados como catalanes desde tiempos de Maricastaña y oficialmente desde el momento en que Jaime I especificó en su testamento que “ catalanes son todos los territorios, desde el Cinca hasta Salses “.

Y no hace ni diez años (1969) que en Madrid se probó una genial maniobra que quería arrancar a Lleida de Cataluña, todo y creando en Manresa una nueva capital de provincia, mientras que Lleida –o gran parte de ella- iría a parar a Aragón. Esta maniobra fracasó por la reacción popular masiva e inesperada en las alturas. Y también hace falta señalar que, por haberse considerado a Madrid que ultra a España, los absurdos tienen un límite.

La Cataluña real tiene unos 36.000 km², más 3. 500 km², de la Cataluña del Norte (Rosellón), la cual un rey austriaco que ejercía de rey español la cedió a su hija que era mitad austriaca y mitad alemana, a modo de dote por su matrimonio con un rey medio francés y medio alemán, que vivía en Versalles (Francia).

Lo que entendemos por “Países Catalanes” incluye, además de las cuatro “provincias” de Barcelona, Tarragona, Lleida y Girona, más las tierras al este del río Cinca (Franja de Poniente), la Cataluña del Norte (Rosellón) y el exiguo Estado de Andorra, los territorios del antiguo Reino de Valencia, las Islas Baleares y Pitiusas.

En total 70.137 km² , 9.125.782 habitantes y una densidad de 133 pobladores por km². A desagrado de la intensa inmigración que ha llegado a ciertas zonas, como al Valle del Llobregat, el Vallés y la periféria valenciana, unos nueve millones de personas se expresan en una sola lengua, tienen costumbres parecidas y al fin y al cabo poseen una sola subcultura. No le llamamos Cultura porqué en Europa no hay mas Cultura –ó Gran Cultura- que la Cultura Europea ó Occidental.

Esta coincidencia nacional, o de misión histórica , no es una invención del catalanismo moderno , tal y como se dice en el lejano planeta oficial madrileño. Ya en el año 1417, Anselmo Turmeda afirmó ser “de nación catalana y nacido en la ciudad de Mallorca “. Ramón Muntaner escribió en 1325 que los habitantes del sur del País Valenciano eran “verdaderos catalanes” . Los Papas Bórgia, de Játiva, se les llamaba “ los catalanes”. Calixto III , se autollamaba “ Papa Catalanus” y consideraba su Pontificado como “Gloriae Nationis Catalanae”. Ausiás March , cuando publicó sus obras traducidas al castellano, hizo añadir a su nombre la mención “caballero valenciano de nación catalana”. Incluso Fernando el Católico , los nobles castellanos le llamaban “ el viejo catalán” ó “ el catalanote”, y eso mucho antes que, a raíz de su matrimonio con Germaine de Foix, procuró desvincular sus antiguos Estados de la unión con Castilla.

Parece que los primitivos pobladores de los “Países Catalanes” fueron los ligúrios y los íberos, que después se mezclaron con los celtas –más numerosos-. Por este territorio pasaron también sin dejar no sin esfuerzo vestigios los fenicios y los griegos. Ocuparon eventualmente algunas zonas del litoral. Cataluña comenzó a configurarse con los visigodos.

Los romanos subdividieron la Península Ibérica en tres provincias: la Bética (meridional y central), la Lusitania (atlántica y centro-occidental) y Tarraconense (mediterránea). Pero los visigodos crearon otra llamada Septimania, la que abarcaba, además del territorio galo (después provenzal) de Elna, Agda, Carcasona, Narbona, Magalona, Beziers y Nimes y la casi totalidad de los llamados “Países Catalanes”. Este territorio fue el esquema del futuro Marquesado de Gótiá, fundado más tarde por Carlomagno.

A comienzos del siglo VIII, la decadencia interna de los visigodos de España propició la invasión árabe. En tres años los árabes ocuparon la Península Ibérica y en cincuenta años se independizaron del Sultanato de Damasco. Pero pronto se subdividieron en incontables reinos de taifas, cosa que facilitó la Reconquista Cristiana.

En lo que se refiere a los cristianos ibéricos –los antiguos celtíberos, visigodos- necesitarán ocho siglos para reconstruir la unidad española, y de una forma bastante precaria. Durante este periodo se elaboran las tres naciones íberas: la oriental, la central y la occidental. Estas, conjuntamente con la nórdica (o vasca) constituyen en los elementos de un problema, sino étnico, si cultural o político español, que únicamente la tozudería y la ofuscación humana lo hacen de difícil solución.

La Reconquista del territorio peninsular, que duró desde el 718 al 1492, lo podemos dividir en cuatro periodos:

1) Nacimiento de las naciones peninsulares. A León y a Castilla esta fase duró hasta el año 1037, en el que Fernando I une ambos reinos. El verbo “unir”, en este caso, no es sino un amable subterfugio castellano, con el conde Fernán González se separó de León –Fernán González fue el primer separatista peninsular-. Después Castilla se anexionó León y de este ya no se oye ni gallo ni gallina en la Historia.

Para Cataluña, termina el año 1137, en el que Ramón Berenguer IV se casa con Petronila, reina infante heredera de Aragón, ya que su tío Ramiro II el Monje -con tal de salvar la existencia de Aragón- prefiere unirse con Cataluña que no con Castilla, la cual alegó unos derechos dinásticos sobre el Reino de Zaragoza; derechos derivados ya de la época que tal reino era islámico. Castilla ofreció a Aragón la “unión”, , dicho sea de otra forma, la absorción, tal como sucedió con León. Cataluña tiene un doble interés en esta unión. De mala gana de tener, en aquel momento histórico, un territorio diversas veces más grande que el aragonés. Los territorios provenzales desde Bearn hasta Nimes, son vasallos del Conde de Barcelona, que ha extendido sus dominios hasta Tortosa. Ramón Berenguer, tal como sus predecesores, no puede aspirar al título de rey, por la simple razón que es vasallo de los reyes francos. Esta situación procede de la creación del Marquesado de la Septimania para Carlomagno.

Cataluña tendrá que soportar numerosas guerras contra Francia con fin de defender su independencia. Y más tarde, en la Batalla de Muret, Cataluña perderá casi la totalidad de sus territorios postpirenaicos en beneficio de los galos. Estos usarán un pretexto religioso –la cruzada contra los albigeses- con tal de anexionarse aquellas tierras. En casarse Petronila, pues, con Ramón Berenguer, éste obtuvo el título de rey, según el Derecho Feudal, y al mismo tiempo le libera del vasallaje. Este matrimonio conjura el afán de anexión de Castilla encima Aragón; la extensión territorial del que no representa, en

aquellos momentos, ni la mitad de la actual. Los castellanos también codiciaban el Reino Musulmán de Valencia.

Con tal de evitar el aplastamiento geográfico e histórico de Aragón, se efectúa este matrimonio de Estado. La población aragonesa representa una quinta parte de la catalana. Si tenemos en cuenta la población norpirenaica, ó provenzal, no llega ni a la décima parte. Con la ayuda catalana, se efectúa la reconquista de Teruel, el cual es anexionado al Reino de Aragón. En la incipiente Confederación Catalano-Aragonesa, Aragón guardará sus propios fueros, su Derecho, la Administración Pública y la Justicia. El reino de Navarra, incluyendo la actual Comunidad Autónoma Vasca, se extiende por casi todo el norte peninsular aunque Castilla le arrebatara el Señorío de Vizcaya. Con la unión catalano-aragonesa, Navarra permanecerá cercada y a partir de entonces se moverá dentro de la órbita francesa.

Tocando Portugal, alcanzará pronto su independencia para con Castilla, bien y comenzando un brillante periodo de imperialismo ultramarino.

2) Periodo de las grandes conquistas cristianas.

En Castilla, este periodo queda cerrado con la muerte de Fernando III el Santo (1252), conquistador de toda Andalucía, salvo el Reino árabe de Granada. Tal fase histórica queda cerrada a Cataluña por Jaime I el Conquistador (1276), el cual incorpora los reinos musulmanes de Mallorca y Valencia a su corona; mientras que el de Murcia, una vez liberado, le regala a Castilla. La conquista catalana del Reino Musulmán de Murcia incluía más ó menos las actuales provincias de Albacete, Murcia y Almería. Así, pues, que Jaime I hace este obsequio a su yerno castellano Alfonso X, aunque éste se alió repetidas veces con los moros contra Cataluña.

3) Es el periodo que podríamos llamar de los cuatro reinos cristianos constituidos en la brega por la preponderancia política. Esta etapa histórica se extiende hasta la entronización de la dinastía borda de los Trástanara en Castilla, el 1369, y en Aragón el 1412. La misma tentativa fue frustrada en Portugal el 1385 y a partir de entonces, los vecinos, ayudados por Inglaterra, siempre magistral en aprovechar situaciones de este tipo, se escurrirá del que parecía ser su destino histórico. Cataluña y Portugal iniciarán entonces su expansión marítima. Los portugueses se enraízan sólidamente en Angola, Guinea y Mozambique; ultra y llegan hasta la India, la China y el Timor. Los catalanes, en pugna constante con los franceses, genoveses, venecianos, turcos y griegos, crean un verdadero imperio en el Mediterráneo. En un momento determinado las cuatro barras de sangre ondean sobre Cerdeña, Córcega, Sicilia, por todo el sur de Italia, hasta Nápoles incluido, Malta y Gozo, los ducados de Neopatria y de Atenas, los cuales incluyen la actual Grecia más Albania y Macedonia, hasta la lejana isla de Castellroig (Castellorizzo), la más oriental de las islas del Dodecaneso. Cataluña tenía, además, diversos enclaves en el norte de Africa más el vasallaje político sobre la isla de Chipre, completan este lozano imperio, la metrópoli del cual se extendía desde Oriola hasta Salses y de Mahón hasta Albarracín.

4) Preponderancia de Castilla. Esta se va materializando año tras año hasta la unión de Castilla con Aragón, mediante el matrimonio de Fernando e Isabel. La reconquista termina con la toma del Reino Musulmán de Granada, el año 1492. Luego, Fernando "el catalanote", invade Navarra y la anexiona a Castilla.

En la Cataluña del Norte la reconquista es a cargo del imperio carolingio. Los francos, dueños de toda la Galia después del triunfo de Poitiers, conquistan la Septimania y secundados por la población autóctona (visigoda-celtíbera), llegan hasta Barcelona, la cual fue ocupada por Luís el Piadoso el año 801. Este territorio, primero dividido en un montón de condaditos, fue unificado en el entorno del conde de Barcelona, feudatario del rey de Francia. Hasta el conde Borrell II (954-992) que se le independizó aún y restando el vasallaje, el cual duró –a desagrado de numerosas guerras franco-catalanas- hasta la boda de Ramón Berenguer IV con Petronila de Aragón, como ya hemos visto. Sin esperar ayuda de su soberano francés, el conde catalán Borrell II reconquista Barcelona de una breve ocupación árabe de Almanzor, el año 992. En realidad la ayuda francesa no podía llegar, porque Hugo Capeto –primer rey de la nueva dinastía franca- no estaba en condiciones de enviarla. A pesar de todo, Cataluña permaneció muy marcada por este origen franco.

Por respeto a sus antiguos soberanos, el condado de Barcelona, más tarde de Cataluña, no se erigió nunca en reino; como lo hicieron otras comarcas peninsulares, como el exiguo Reino de Sobrarbe. Hasta el 1180 documentos públicos catalanes hacen referencia a los reyes contemporáneos de Francia; su escritura no fue la visigoda (tal como lo era al Reino de Castilla), sino la carolingia. La toponimia del norte catalán denota que era la escritura y el habla autóctona, y no por eso dejó de estar emparentada con la lengua occitana ó provenzal y reforzada por estos primeros meridionales galos. Fueron estos los primeros conquistadores de la Marca Hispánica, nombre que entonces tenía la actual Cataluña, de la cual derivó el futuro nombre de España. En lo que se refiere al idioma, el catalán es hermano del occitano de Provenza, lengua de trovadores y literaria de Cataluña hasta el siglo XIII, en el cual Ramón Llull (ó Raimundo Lulio como dicen los manuales de historia que corren por España) lo sustituyó por el catalán como lengua literaria y científica.

Este origen franco determinó igualmente la política de los primeros condes barceloneses, ó catalanes, y también la de los primeros condes-reyes de Cataluña-Aragón, hasta primeros del siglo XIII. Tal política se encarriló casi exclusivamente con Francia. Desde Ramón Berenguer I hasta Jaime I, la política matrimonial y, a veces, las guerras, hicieron posible que la Casa de Barcelona se extendiera en sus dominios desde Lorda (“Lourdes”) hasta Marsella. Y por el interior, hasta Nimes y hasta incluso más al norte. Finalmente, y mediante el Tratado de Corbeil, San Luís de Francia y Jaime I, ventilan y arreglan el pleito franco-catalán. El francés abdicó en sus derechos que aún vindicaba sobre Cataluña, y el catalán renunció a sus territorios del norte del Pirineo, salvo de la villa de Montpellier, donde nació Jaime I.

La política catalana con Castilla estuvo marcada, durante mucho tiempo, por este carácter original. Si repasamos la historia, a uno le da la impresión de que la confederación catalana-aragonesa solo tiene una manía: ayudar a Castilla en su tarea de rechazar los árabes de la península, ya fuera por el mero celo cristiano, ya fuera por solidaridad conracial y sin esperar ninguna reciprocidad. Ramón Berenguer IV, después de casarse con Petronila, inauguró una etapa pródiga en intervenciones a favor de Castilla, en tiempos de Alfonso VI. Fue el monarca catalán quién ayudó a su colega castellano a liberar por vez primera a Almería de los árabes. Fue el mismo Ramón Berenguer IV quién firmó con Alfonso VII el Tratado de Tudilén, por el cual a cambio del retorno de Tarazona, Albarracín y otras ciudades aragonesas que habían estado ocupadas por tropas castellanas sin previa declaración de guerra, se reservaba el territorio (todavía islámico) de los Reinos de Valencia y Murcia todo y renunciando a toda otra conquista peninsular. Su hijo, Alfonso I, de

Cataluña, II de Aragón, ayudó a Castilla a conquistar el Reino de Cuenca, y en terminar (por su cuenta) la villa de Lorca que le pertenecía según el Tratado de Tudilén.

Alfonso VIII de Castilla, se puso lleno de cólera. Convocó al rey catalán en la villa de Cazorla (Andalucía) y le hizo firmar un nuevo tratado, con el cual el catalán renunció a todo el Reino de Murcia y pasando a ser zona exclusivamente de conquista castellana. Mientras que el monarca castellano renunciaba a unos derechos de señorío –puramente nominales– que tenía sobre la ciudad de Valencia, entonces todavía en manos sarracenas.

Pedro I de Cataluña, II de Aragón, olvidando la situación de apuro en que se encontraban sus dominios en Occitania, contribuyó de forma trascendental a la victoria de las Navas de Tolosa contra el ejército islámico. Vale la pena decir que, para Cataluña, tal triunfo no representó ningún beneficio. Fue inútil.

Hemos dicho poco que fue el hijo de este rey catalán, Jaime I, el que conquistó entero el Reino árabe de Murcia y la ciudad de Almería y para después regalárselo a su yerno, Alfonso X el Sabio, de Castilla; por lealtad al Tratado de Cazorla. Sin embargo, Jaime I tenía poderosas razones por abrogar tal tratado, porque su sabio yerno había ocupado ciudades valencianas (Utiel y Requena) y había alimentado revueltas de los moros contra los catalanes.

Es curioso como la ayuda catalana a Castilla se alternara con diversas guerras entre ambos Estados peninsulares. Jaime II de Aragón participó, al lado de Castilla, a la reconquista de la villa de Tarifa, en el extremo sur de la península, todo y proponiendo a Sancho IV una alianza a fin de resarcir el Reino de Granada, último reducto árabe de la península. A cambio de esta ayuda el rey catalán sólo reclamó una sexta parte del territorio a conquistar; es decir, el equivalente más o menos del Reino árabe de Almería. Sancho IV lo aceptó, pero los nobles castellanos, en enterarse, se indignaron tanto que incluso querían asesinar a su propio plenipotenciario. Gracias a esta peculiar visión política, la reconquista se prolongó durante dos siglos. En el decurso de este tiempo, aconteció una inmigración masiva de bereberes (benimerinos) hacia el Reino de Granada; hecho que produjo una irremediable marca racial.

El plan de conquista del norte de África que habían planeado el rey catalán y el castellano, fracasó por la oposición de los nobles castellanos que eran muy influyentes en la corte de su país. Este plan tenía previsto que el río Muluya sería la frontera castellano-aragonesa en el norte de África. Al oeste era para Castilla, al este para Aragón.

Más adelante hubo otro proyecto de cruzada por tal de echar fuera definitivamente a los árabes de Granada, pero esta vez no había compensación territorial para la Casa de Barcelona. Este proyecto, encarnizadamente mimado por el Papa y ideado por Alfonso III (IV de Aragón) se frustró por culpa de Alfonso XI de Castilla; el cual, fríamente y sin apuntar respondió con una alianza con el Reino árabe de Granada.

Vale la pena decir que los reyes de Aragón hicieron el error político de apuntalar siempre los insurrectos castellanos, aspirantes a la corona de su país. En estos casos, los reyes catalanes hacían prometer que sí ganaban a los sublevados castellanos, estos tenían que devolver el territorio del antiguo Reino de Murcia. Paralelamente, los reyes de Castilla apuntalaron políticamente –y hasta con intervención armada– el pretendiente a la Corona de Aragón, Fernando de Antequera, descendiente del último rey de la Casa de Barcelona, Martín I “El Humano”. Este monarca murió sin sucesión directa, cosa que hizo presentarse cuatro candidatos: dos por la línea masculina (Jaime, Conde de Urgell y Alfonso, Duque de Gandía); y dos por línea femenina Luis de Calabria, Conde Provenza y el Infante de

Castilla, llamado “ de Antequera”, porque conquistó a los árabes esta ciudad andaluza). En el Reino de Aragón permaneció excluida la sucesión femenina –otro rasgo típicamente francés-. Consecuentemente el pretendido predilecto era Jaime de Urgell, el pariente mas oportuno.

Sobre este punto no hay ninguna duda. Pero los motivos que hicieron que el llamado Compromiso ó Sentencia Arbitral de Caspe se decantara por el Infante castellano como Rey de Aragón, no tenían nada que ver con el derecho dinástico. Excepto la coacción ejercida sobre los nuevos síndicos reunidos en Caspe –coacción materializada por la presencia de un ejército de ocupación castellano- el motivo principal que decidió la elección del futuro rey Fernando I fue el Cisma de Occidente, el cual traqueteó la Iglesia.

Efectivamente, el antipapa Benedicto XIII –el aragonés Pedro de Luna- ganó para su causa al prestigioso dominicano Vicente Ferrer, portavoz principal del reino de Valencia en Caspe. El Infante Fernando de Antequera había prometido una obediencia a Benedicto XIII que al final no cumplió, una vez logrado el trono. Mas tarde, Vicente Ferrer fue canonizado, a despecho de haber apoyado un antipapa. “¡Sic transit gloria mundi !”

El episodio de Caspe es, sin embargo, el prototipo o la prefiguración, de los reiterados fracasos políticos de Cataluña en sus relaciones con los otros pueblos peninsulares; mal que el catalanismo historicista le haya querido dar una trascendencia que en realidad no tuvo. Estos fracasos catalanes han sido sobretodo hacia Castilla.

Hemos dicho ahora mismo que la Sentencia de Caspe no tuvo el alcance que se esperaba. Porqué, a desagrado de su origen no catalán, el nuevo rey Fernando I pronto marcó distancias con sus parientes de Poniente. Fernando I les dijo que quería seguir siendo un monarca independiente, “ingritud” que puntualmente le sería reprochada.

En el aspecto que tuvo trascendencia la Sentencia de Caspe, fue la de propiciar la unión peninsular, la cual tomaría forma con el matrimonio de Isabel de Castilla y Fernando II de Aragón. La debilidad de Enrique IV de Castilla (1454-1474)favoreció la unidad peninsular. Los nobles castellanos, una vez mas codiciosos de privilegios, se rebelaron contra su rey bien y presentando como excusa una pretendida ilegitimidad de su hija Juana, y designando como heredero de la corona castellana su hermano Alfonso.

En morir este, probablemente envenenado, designaron su hermana menor, Isabel. Enrique IV y su mujer, la reina ofendida, Juana de Portugal, atestaron la legitimidad de su hija y la proclamaron heredera. Diversas ciudades castellanas les hicieron lado. Portugal tomó parte en pro de la Infanta Juana, prometida de su rey, Alfonso V. Isabel de Castilla, una vez casado con Fernando II de Aragón, alcanzó el triunfo y enseguida proclamó la divisa, tan bonita: “ Tanto monta , monta tanto, Isabel como Fernando”. La realidad fue, en realidad, que Isabel montó mas que Fernando, pero de largo. Ya que, cuando gracias a una fantástica lotería histórica, las tierras americanas fueron descubiertas por un navegante aventurero de origen misterioso, que comandó tres carabelas alquiladas por Castilla -es cierto- pero que el dinero lo aflojó el Escribano Racionero (Ministro de Finanzas) de la Corona de Aragón, Lluís de Santángel (2) , las nuevas tierras fueron atribuidas a Castilla por Isabel, cuando testó.

Durante tres siglos, los catalanes no pudieron comerciar con América. El único comercio lo hacen por vía interpuesta, los ingleses. Los galeones cargados de oro, usurpados a los indios por cerderos y gente sin oficio ni beneficio, son abordados y saqueados por la entonces Reina de los Mares y, luego hundidos. A pesar de esto, llegó algo –de hecho llegó mucho- en Sevilla. Y aunque el pueblo español no se benefició (ni tan siquiera las regiones castellanas o dependientes de Castilla), si que contribuye al enriquecimiento desmesurado de la nobleza y también de una neonobleza de indianos que durante siglos

formarán la estructura de poder en España. Esta nobleza, reviscolada de la antigua miseria (la figura del “ noble arruinado” solo tiene lugar en Castilla), será la creadora de latifundios y hará necesaria una reforma agraria. Reforma que no se materializará por culpa de sectarismos e impotencia, y otros no la harán por la simple razón que la han planteado los de “la izquierda”.

Fue fatal no solo para los “Países Catalanes”, mas bien para toda España, el hecho que catalanes de Cataluña, de las Baleares y de Valencia (ultra los aragoneses) fueran inicialmente excluidos del poblamiento de América. Aragón también, aunque es mucho mas próximo de Castilla por razones geográficas, etnicas, culturales y lingüísticas, lo metieron por cintura. España estaba agotada por las guerras insensatas de Alfonso de Trastámara en Nápoles, y después de la caída de Constantinopla , privada del comercio mediterráneo por la piratería turca , Cataluña hubiese podido encontrar una compensación a estos aprietos el comercio con el Nuevo Mundo, pero no. No solo no le permitieron (de mala gana del “ tanto monta “), sinó que se vió condenada a ver como su propio rey arruinaba la marina catalana. Esta marina era una de las más gloriosas de la Alta Edad Media. De manera que en bien pocos años de los astilleros de Barcelona ya no salió ninguna nave, y eso que antes eran los astilleros de más fuerte producción de Europa.

Este exclusivismo castellano fue fatal para España, la cual se vio privada de la marina catalana, mientras que la castellana continuaba siendo muy débil (3) y el comercio con América fue acaparado prácticamente por la marina inglesa y holandesa, cuando llegó la guerra de corsarios. Además, la población castellana no era suficiente para colonizar sola el Nuevo Continente y esto permitió que otros pueblos se establecieran. Los anglosajones tardaron un siglo y medio en iniciar la colonización de América del Norte, cosa que los castellanos fueron capaces de realizar y que estaba vedado a los catalanes. Sin esta medida de exclusión, España no se hubiese revelado tan incapaz por desarrollar y conservar estos territorios. Toda America hubiese profesado la religión católica (cosa que, según sus apologistas, molestaba tanto a la reina Isabel) y no se hablarían mas lenguas que las de la Península Iberica.

Tratada como a una extranjera, Cataluña pagó las consecuencias de ser el único pueblo europeo que tenía prohibido ir a América. Fue justamente Cataluña que era el país del soberano que había patrocinado este descubrimiento. Castilla debía a Aragón el hecho de entrar en política internacional, gracias a las posesiones italianas. Castilla pagó el favor a Cataluña usurpándole aquellas posesiones aunque perdiéndolas después de muchas batallas ganadas y de una sola guerra perdida, además de excluir a los catalanes de la colonización de América y de sus nuevas conquistas en el norte de África. En esta parte de África, la continuación de la política catalana hubiese frustrado el establecimiento de toda potencia extranjera. Castilla olvidó que las primeras tierras africanas que se anexionó, el archipiélago canario, costó muchas vidas catalanas, cual cosa permaneció sin retribución, ni agradecimiento ni tan siquiera oficial.

Una vez mas, la envidia (de nacionalidad española, como la avaricia es francesa y la hipocresía es inglesa) había cerrado el paso a España en el camino de la grandeza, bien y encauzandola hacia la ruina.

Isabel murió en 1504 . Designó a su marido como gobernador de Castilla, pero fue expulsado y cubierto de sambenitos. Los castellanos prefirieron tener un príncipe extranjero, Felipe de Austria, llamado “el Hermoso” (quizá fuera eso) y una princesa loca, doña Juana (4) que no el marido de la reina Isabel. Isabel, como su pueblo, olvidaron enseguida el “ tanto monta”.

Fue entonces cuando Fernando el Católico se dio cuenta de sus errores y los quiso enmendar.

Con objeto de contrarestar las codicias de Felipe el Hermoso, ayudado por Luís XII, ambicionaba la corona de Nápoles y también para dar a Aragón un heredero que rompiera la unión –Tanto monta, No monta tanto- con Castilla, Fernando el Católico firmó el Tratado de Blois (1505). Este tratado concluye un acuerdo de matrimonio con Germaine de Foix, sobrina del rey de Francia. De este enlace nació un heredero, en Valladolid, pero murió dos horas después del alumbramiento.

* * * * *

Por bien que la unión entre las coronas de Castilla y Aragón fuese puramente personal, la sola dinámica del poder posibilitó que este se desplazara de poco en poco al centro de Castilla. Primero, el poder radicaba en Valladolid y después en Madrid, en detrimento de la periferia.

Contado y debatido, pasó aquello que finalmente tenía que pasar: Castilla se anexionó, tanto los territorios de la Corona de Aragón, como los de Navarra.

Pero eso sí, de la anexión Castilla le llamaba unión. Porque las leyes del Código Civil de Castilla se volvieron “Código Civil de España” bien y imponiéndose a otros pueblos contra su voluntad y, también, contra su utilidad. Porque la política que siguió Castilla, con el nombre de “española”, no era otra cosa que castellana.

Poca importancia tiene que en tiempos del primer Borbón, Felipe V, desapareciese el autogobierno catalán. Ya se había perdido lo esencial: la confianza. Desde entonces a ahora –prácticamente desde el principio- la desconfianza ha sido el común denominador de las relaciones entre el centro y la periferia de la Península Ibérica. Y como muestra un botón, fijaros en el caso de la Armada Invencible. Esta famosa flota estaba compuesta en gran parte de navíos portugueses, ya que la marina catalana ya no existía y la castellana no existió jamás.

A Felipe II le gustaban los barcos portugueses; entonces confió la comandancia de la Armada Invencible a un andaluz, el Duque de Medina Sidonia, gran capitán de tierra firme, pero que en su vida había navegado jamás. Cuando este respetuosamente, planteó al rey que era poco diestro en los asuntos de la mar, el monarca tuvo una respuesta lapidaria: “No confió en los hombres, sino en la Providencia”. Y la Providencia le demostró que no es prudente de confiar en los milagros cuando se dispone de medios naturales para alcanzar un objetivo. Y estos medios existían en Portugal y en Cataluña. Estaba Requesens, el vencedor de Lepanto; estaba Margarit; estaba Adolfo Vas-Nuhnes y otros navegantes portugueses, que no necesitaban ningún milagro ni ninguna excusa como una tempestad que hundió solo los barcos españoles, pero no los ingleses.

El caso catalán en vista el Estado español, no es único, ni tiene nada de original. Algo de semejanza ocurrió y continua pasando alrededor de la geografía europea.

El muy democrático Estado francés ahoga por sistema los llamados “particularismos” de Occitania, de Córcega, de Alsacia, de Bretaña y de la Cataluña del Norte.

Hace pocas decadas pasó una cosa mucho peor, me refiero a los “sinn-feiners” irlandeses. Y ya no hablamos de las innumerables expoliaciones masivas contra minorías alemanas de los Sudetes o del Bánato; o las humillaciones que sufren los alemanes del Tirol del Sur. Vale la pena decir que un puñado de movimientos regionalistas, nacionalistas, autonomistas – la eterna y babélica riña de calificativos- se encuentran infiltrados por el Enemigo, pero esto no quita ni una brizna de su valor, de su postura. Y sobretodo, de la actitud personal de estos regionalistas, ya que si bien sus movimientos están minados, también lo están – hasta el tuétano- los regímenes de los Estados. No hay nada más centralizador que el comunismo.

Uno de los argumentos contra las autonomías regionales o contra los regímenes forales o “especiales”, es el farisaico e interesado: “Ahora que todo el mundo habla de hacer Europa, no iremos a balcanizarla en cincuenta reinos de Taifa”. No se trata de fragmentar, de dividir, ni de enfrentar. Lo que hace falta es efectuar una unión real, basada en HECHOS tal y como son; bien y extrañando la irritante situación de colonialismo cultural (y a veces , mas que cultural). Hace falta aniquilar de una vez y para siempre las riñas faltas de consistencia entre los pueblos hermanos de Europa.

Se ha dicho, de Madrid estando –y suponemos también desde París, Londres ó de cualquier otro centro oficial multiregional- que si catalanes, vascos , occitanos, bretones, escoceses... hubiesen conseguido la hegemonía política, no hubiesen otorgado ninguna autonomía cultural ni interna a castellanos, franceses, ingleses, etc. Puede muy bien ser. Solo Dios podría saberlo. Y usamos una forma verbal condicional porqué, según el Evangelio de San Juan, Dios es REALIDAD, no hipótesis.

Nunca se podrá saber aquello que hubiese pasado a la cultura castellana si Fernando el Católico hubiese tenido un heredero de sus segundas nupcias con Germana de Foix; o sí, anteriormente, no hubiese muerto envenenado el Principe de Viana o si Inglaterra no hubiese pactado con el primer Borbón español (¿?) bien y abandonando a los “Países Catalanes” a su suerte, el 1713. Felipe V de España entregó a los ingleses Gibraltar y Menorca a cambio que estos retiraran la ayuda militar y diplomática a los catalanes. Esto lo estipuló el Tratado de Utrecht.

Lo que sabemos es aquello que ha pasado; que dicho sea de paso, no fué una historia hermosa.

Pero si admiten que la historia se hubiese desarrollado al revés (cosa que personalmente, con ciertos matices, nos sentimos decantados a admitir) esto no saca ninguna brizna del valor de la compostura autonomista; al contrario, lo refuerza.

Los hipernacionalismos centralizadores de la Edad Moderna RESTARON, y la nueva Europa , si quiere hacerse, no puede restarse, sinó SUMAR. Del mismo modo que una España castellana (sin Vascónia y contra los catalanes), distrajo fuerzas y energías para asegurar el predominio del centro sobre la periferia peninsular, renunciando a la colonización del norte de América y prefiriendo que fuera poblada por ingleses (igual que Australia) antes que por catalanes y aragoneses. Así como, en la época contemporánea y en otro nivel de situación, Inglaterra, por tener celosía de Alemania, prefirió mas perder su imperio en beneficio de americanos y soviéticos, antes que ver como la Alemania nacionalsocialista hacía realidad la Nueva Europa, el 1940. En nuestros dias, el inmovilista centralismo que conocemos puede contribuir a entregarnos a todos juntos – atados de pies y manos- al mas centralista de todos los sistemas imaginables: el centralismo soviético.

Y como colofón final, quiero hacer una advertencia a mis connacionales catalanes. No os dejéis encaprichar por los encantos de la llamada Democracia Europea. No sea que, por

Cataluña, España y Europa

rehuir del “ sucursalismo” político, creemos partidos (ó mas bien dicho , capellitas) a montones, todos ellos adjetivados “ democráticos “ y muchos también “socialistas “. En este momento (1979) en Cataluña hay más de treinta partidos políticos.

De este modo creemos los catalanes que nos alejamos del sucursalismo de partidos de Madrid, cuando en realidad caen dentro de la órbita de los mal llamados partidos europeos, que merecerían llamarse “ partidos ubicados en Europa”. Esto no es serio, recordemos que nadie se acordó del Sahara ex-español hasta que fueron descubiertos los yacimientos de fosfatos. Ahora se ha encontrado petróleo –parece que hay en abundancia- delante de las costas de Tarragona. De repente, por este motivo o por querernos utilizar como ariete político, a las “centrales” europeas de la socialdemocracia comienzan a hacernos halagos. Por lo que mas queráis , ¡¡ no hagámos el “Polisario” !!

La patria de Balmes, Verdaguer, Maragall, Muntaner, Lull, Raimon de Panyafort, Albéniz, Granados, Monturiol y Ausiás march, no es un vericuelo hosco destinado a servir de campo de batalla, mal que sea una batalla política rellena de intereses mezquinos y bordos, fuera de la cuestión debatida.

Cataluña no ha de ser el cortahierro de la democracia en España, sinó que tiene que emplear sus reservas espirituales y físicas en la modesta medida que le ha dado la naturaleza. Tiene que procurar en la tarea magna y encendida de contribuir (no restando, sinó SUMANDO) a la gloriosa unidad de la patria común : Europa.

Es aleccionador el caso de España, el caso ibérico, ya que Portugal solo se salvó de un verdadero botín unificador gracias a la ayuda –naturalmente interesada- de Inglaterra. Y esto es aleccionador para los que queremos una Europa auténticamente unida, porque la queremos en primer lugar, y también porque es el factor esencial para sobrevivir. El caso ibérico es el mejor exponente de aquello que no hay que hacer por tal de conseguir la actualización de la Idea Política de Europa.

Europa no se hará a partir de mesianismos locales. No se hará tomando como punto de partida los vericuetos del Yorkshire, ni la meseta carpetobética, ni las heladas tierras de Prusia, ni el genio francés arrastrado por un genial aventurero, como Napoleón. Europa se edificará con la aportación de todos. Colaboración en las obligaciones, pero también en la gloria y en el beneficio. Y la colaboración de todos no se puede hacer a partir de un artificial monolito uniformista, sinó con el respeto con esta maravillosa variedad europea, genio de la Humanidad.

Unidad en la variedad, he aquí la formula salvadora. Uniformismo mesiánico, es la formula del fracaso, tal como experimentaron todos aquellos europeístas (sin saberlo) que fueron Felipe II, Luis XIV, Napoleón Bonaparte y en cierto modo Adolf Hitler, o al menos muchos de sus hombres de confianza.

Imaginémonos por un momento que hubiera pasado si elementos como Tervoben en Noruega, Koch en Ucrania y el propio Ribbentrop, en sus tratos con representantes de la órbita alemana, si se hubieran sentido no “ tan alemanes” y si, “ mas realistas” , y al fin y al cabo, mas humanos.

Alguien podrá alegar que Europa sería “ mas facil” con un solo gobierno monolítico. ¡¡ Iros a saber !! Si hubiese un solo idioma, en lugar de veintinueve, si hubiese una sola nación , en lugar de cuarenta y tres, si hubiese unas costumbres únicas, portadores de una ley

exclusiva, en lugar de casi cincuenta. Pero todo eso no es así. Y nadie quiere renegar de su pasado. Nadie quiere perder las señas de identidad. NI NADIE LAS HA DE PERDER.

Europa se hará con un gobierno unico para los asuntos exteriores, la diplomacia, el ejército, la seguridad interna de aspecto general y las cuestiones financieras. Con una autonomía interna anchísima, naturalmente compatible con la seguridad global, con todo aquello que atañe la propia Cultura y el desarrollo intestino de cada una de las naciones –o regiones, ¡Da igual el nombre! que la integran. Europa se hará dentro del respeto mutuo de todos sus miembros. En la unidad sin tiranía. En la variedad sin traición a la patria común. Con el afán colectivo de llevar la Humanidad hacia cotas nunca imaginadas hasta ahora. Cotas que la Era Espacial abre posibilidades inverosímiles al genio de nuestra raza. Europa se hará cuando, ¡finalmente! Sea una realidad la Europa de los pueblos. O no se hará.

NOTAS

(1) Francis Parker Yockey : “ Imperium “
Ediciones Bausp. Apartado 14. 010 Barcelona

(2) La Corona de Aragón adelantó todo el dinero necesario para la empresa de viaje de Cristóbal Colón (1. 140.000 maravedíes). Esto puso punto final a las dudas de Isabel, la que, ni vendió ni empeñó sus joyas, tal y como pretende la leyenda posterior. Quién firmó las capitulaciones y los nombramientos reales al “Almirante y Virrey Colón” fue el catalán Joan de Coloma, Secretario de Fernando el Católico. Este fue el artífice del acuerdo pactado entre Colón y la pareja real. Los doce sacerdotes catalanes que acompañaron a Colón en el primer viaje, fueron los primeros evangelizadores del Nuevo Mundo. Y si los castellanos hermanos Monzón fueron los jefes navales de la expedición, fue un catalán, Pere Margarit, el jefe de la misión militar. A pesar de todo, Isabel cuando testó, atribuye la gloria y el provecho del descubrimiento, exclusivamente , a Castilla.

(3) Cuando mas tarde, en Lepanto, una semireconstruida marina catalana participó en la derrota naval de de los turcos, con el concurdo de las flotas de Venecia y del Papado, se dio la comandancia oficial de la escuadra (entonces ya llamada española) al hermano bastardo del rey, el que con mucho esfuerzo apenas había visto el mar. Hace falta hurgar libros de historia muy minuciosos con tal de “descubrir” que la comandancia efectiva de la armada española era a cargo de un catalán, Lluís de Requesens.

(4) Rodríguez Villa : “ La Reina Doña Juana la Loca “ , pagina 174.